

governaremos con « *Sic volo, sic jubeo...* » Para que sean dóciles tendremos que convencerles. Procuremos, pues, desde ahora, que amen y deseen la disciplina, mostrándoles que ésta es una forma del orden, de ese orden que les hemos enseñado á amar. Rechacemos también su pueril soberbia haciéndoles ver constantemente su ignorancia, su inferioridad física é intelectual. Evitemos rebajarnos á sus propios ojos; no les digamos : « Nosotros no fuimos nada y tú lo eres todo. » No les causemos la sensación de que toda la casa vive por ellos y para ellos; en primer lugar, porque es un régimen absurdo, y luego, porque este procedimiento crearía una generación de tontos, creídos de que lo sabían todo sin haber aprendido nada, empeñados en dominar sin tener ningún derecho, y para los cuales la vida guardaría duras lecciones.

CARTA VIGÉSIMAPRIMERA

Visita á la sala de estudio. — El curso de historia de Pedro y Simona. — Hemos levantado un altar á la Memoria. — Una lección de vida práctica. — La familia Martín. — Mis dos discípulos son curiosos.

Ambleuse, 3 de septiembre.

LA mañana de hoy, querida sobrina, la he consagrado á mis discípulos, tu hijo y su prima.

Cuando llegué á Rein-du-Bois, hacia las nueve y media, con ese tiempo de últimos de verano en que el aire va cargado del olor de las frutas y se respira luz, los criados de tu cuñada comenzaban el cotidiano zafarrancho que, impropriamente, llaman arreglo y limpieza de la casa. Recibí un plumerazo en mi sombrero de fieltro; un cepillo de frotar el entarimado se escapó con rabia ciega del pie que encerraba y vino á chocar contra mí; tropecé con un servicio de té que habían dejado olvidado en un peldaño de la escalera; pero, por fin, llegué sano y salvo, ó poco menos, á la apacible región gobernada por la señora Lambert y señorita Galtié, á la sala de estudio donde, los dos niños, trabajaban.

La señorita Galtié esplicaba una lección de historia. La lección oral, — es decir el período durante el cual los niños deben escuchar y fijar la atención en lo que dice la profesora, — convinimos como tú sabes, en que no había de durar mucho más de un cuarto de hora... Seguidamente se consagra otro cuarto de hora á asegurarse, mediante preguntas, de que los puntos explicados, los han comprendido bien; en días sucesivos se repasa lo que anteriormente han

aprendido siguiendo este método. Un principio nuestro es que lo aprendido no debe olvidarse y, así, denunciamos el doble engaño usado en las escuelas : que el maestro ha enseñado porque ha hablado y el niño aprendido porque ha oído hablar.

Aplicando rigurosamente este sistema, la señorita Galtié se aplica, una vez más, á fijar en el espíritu de los dos niños lo que pudiéramos llamar noción de la cronología.

Así como no se hace ninguna alusión geográfica sin recurrir al mapa-mundi, tampoco se enuncia ningún hecho histórico sin que inmediatamente lo clasifiquen en un cuadro secular de la historia, establecido sin más dato que la enumeración de los siglos... Hacer comprender bien á los dos niños esta división secular de la historia no fué tarea fácil. Para ello, en primer lugar, seguimos el método de « el niño centro de toda enseñanza » que nos es familiar :

« — Pedro, tú tienes siete años... Noel, el hermano de Simona, doce... Silvia tiene quince... La señorita Galtié veintidós... La señora Lambert treinta y cinco... Tu abuelo setenta y dos... » Primer ejercicio en el cual la aritmética prepara la cronología : trazamos en el papel unas líneas proporcionadas á estas diversas edades. Luego hicimos una excursión para visitar cierto centenario de Berri, el padre Miguel Thivrier, que se encuentra en el hospital de Burges. Á partir de este momento, habiendo visto y tocado este siglo viviente y conversado con él, pudimos hablar del espacio secular sin que fuera ello pronunciar vacías é inútiles palabras. Pedro y Simona comprendieron fácilmente que toda esa historia del mundo que se les iba á enseñar, tenía algunas vidas humanas superpuestas : pocas, en verdad, unas sesenta de Miguel Thivrier, cuarenta Thivrier antes de Jesu-Cristo, veinte después. Un cuadro esquemático trazado para este uso se fija inmediatamente en la memoria de los dos niños.

¿De los sesenta cuadros seculares cuya significación han comprendido, por cuál comenzar? ¿Al azar, desordenadamente, siguiendo el método corriente? ¡ De ninguna manera ! Les hemos hablado primero de la Francia de hoy, bajo la



... Catalina Martín, dispuesta á limpiar el gallinero de arriba abajo...
(Pág. 224).

tercera república, y, cuando esta Francia ha sido para ellos familiar, contemporánea suya, nos han pedido que les contáramos su historia, lo que hemos hecho brevemente, remontándonos, primero, hasta el nacimiento del padre Thivrier, hasta el nacimiento de Francia luego. Todas estas etapas, bien anotadas en nuestro cuadro secular, como los viajes ficticios que emprendemos á través del mapa.

Esta enseñanza elemental la recibieron oralmente, antes de abrir un libro. Autorizados ya para servirse de libros, el que he visto esta mañana en sus manos es un compendio de *treinta páginas*, comprendiendo toda la historia del mundo, una especie de mapa-mundi histórico. Como en ninguna parte he podido encontrar este compendio, lo he escrito yo mismo... La historia está resumida en él en grandes conjuntos, con una frase ó dos nada más por cada conjunto. Ninguna fecha; los acontecimientos están indicados como acaecidos al principio, en medio ó al comienzo del siglo, y á medida que los vamos enunciando los inscribimos en nuestros cuadros seculares. Y no es necesario decir que, sobre todo en los comienzos de la historia, los « conjuntos » comprenden varios siglos.

Cuando nuestros discípulos terminen este librito y lo posean (única y verdadera manera de saber) ¿qué sabrán de historia? Sabrán qué « persona » es Francia, cuando nació, qué le engendró, cuáles han sido las grandes épocas de su vida. Sabrán también, mediante retrocesos que respresentarán para su espíritu algo de preciso y concreto, que antes que Francia existieron otros pueblos, una humanidad agitada y combatiente y situarán estos pueblos en el espacio y en el tiempo. No se les habrá citado el nombre Chilperico, es cierto; pero Clovis, Carlomagno, Carlos Martel, Juana de Arco, Luis XIV y Napoleón serán para ellos seres reales, vistos desde una distancia visible cuyas figuras saludarán en retratos y de los cuales conocerán lo que, en una gran casa, saben los niños desde los primeros años sobre los retratos de familia.

Idéntico sistema para las demás asignaturas, Geografía, Aritmética, rudimentos científicos, lengua francesa. Nada

de enseñar « en el aire », es decir sin conexión con lo que precede y sigue, sin estar constantemente relacionado con el mismo niño. Lo que se enseña, se enseña *de una vez para siempre*, no debe olvidarse jamás, lo que constituye la base indispensable para edificar la enseñanza futura. De un año á otro enseñaremos lo mismo, con el mismo orden, con ayuda de las mismas palabras, pero con un desenvolvimiento progresivo.

Nota bene. La convicción de que de nada sirve aprender si lo aprendido no se retiene, nos obliga á honrar una facultad que es de buen tono despreciar en los libracos de pedagogía : la memoria... Nosotros, por el contrario, hemos levantado en la sala de estudios un altar á la memoria. Pedro y Simona, como la mayoría de los niños, poseen buena memoria, la de Simona más pronta y más fiel, la de Pedrito más lenta y duradera... Ejercitamos infatigablemente la memoria convencidos de que toda ciencia se apoya sobre un andamio — que sólo la memoria puede conservar, como el minio conserva el hierro. Hay que saber retener las ideas adquiridas, el orden de las cosas; pero, frecuentemente, hay que retener también las palabras, los nombres, las cifras. Como nuestra enseñanza es esencialmente metódica, no nos exponemos á formar papagayos : nuestros discípulos saben por qué se les obliga á aprender esto ó lo otro de memoria, Y hasta cuando sólo se trata de un puro ejercicio de memoria, aprender palabras como en gimnasia se hacen gestos inútiles, evitamos que aprendan tonterías. Nos hemos impuesto el trabajo de componer una pequeña antología con trozos de las producciones de aquellos prosistas y poetas que no deben ignorarse : por ejemplo, la frase de Pascal sobre la caña pensante, la estrofa de Le Franc de Pompignan, con motivo de la muerte, J. B. Rousseau, sobre los que insultan al sol. Estos son nuestros ejercicios de memoria : lo que adquieren nuestros discípulos les es útil. Y como en lugar de debilitar con la enseñanza simultaneada de una lengua extranjera su facultad de cambiar ideas, nos dedicamos constantemente á perfeccionar su conocimiento de las palabras y expresiones rancesas, aseguro á los incrédulos

los que Pedro y Simona, á los ocho años, comprenden perfectamente la frase de Pascal y la estrofa de Pompignan. Se las hemos explicado pacientemente y hoy están en condiciones de explicarlas ellos mismos.

Ignoran las palabras *flasche* y *bottle*. Cuando ven una botella la llaman simplemente botella.

* * *

En París, la mañana de mis discípulos, está enteramente consagrada á cultivar su espíritu; pero en esta época de vacaciones en que ven á todo el mundo organizar distracciones, exijo solamente que la mañana sea disciplinada; es decir, que el estudio, limitado, ceda su puesto á distracciones reglamentadas. Una manecita rebullona en cada una de mis manos, he ido, cuando la lección de historia ha terminado, á presenciar con Pedro y Simona las labores de la granja vecina. Mis discípulos adoran estos paseos, que fueron uno de nuestros grandes medios de enseñanza, antes de que interviniera el libro. Nosotros llamamos á esto lecciones de vida. Mi presencia agujonea la atención de Pedro y Simona; si esta atención vacila ó se extravía la despierto, corrijo y gobierno.

La vida rural, las plantas y los animales son la verdadera distracción de los niños, la más completa, la más sana é instructiva. ¡ Felices los que, como Jorge de Lespinat, pasaron su infancia lejos de las ciudades ! ¡ Cuántos conocimientos han atesorado gracias á esto ! ¡ Cuán íntimamente se han identificado con la naturaleza y la realidad ! ¡ Qué variedad en sus recuerdos ! Las ciudades, artificios de los hombres, casi no enseñan nada al pequeño ciudadano durante « la infancia ». Por esto hemos multiplicado y prolongado, tanto como nos ha sido posible, la estancia de Pedro y Simona en el campo, y siempre en ese Rein-du-Bois, del que tanto gustan, cerca de la granja, cuyos habitantes y animales les son familiares... Aquí tenemos á Catalina Martín, dispuesta á limpiar el gallinero de arriba á abajo : vestida con una pesada falda terrosa, una blusa y una cofia que oculta así por completo

sus cabellos, ejercita sus músculos robustos bajo un sol esplendoroso reverberado por la blanca fachada.

¡ Qué magnífico ardor, qué soberbia naturaleza ! Esta mujer de cuarenta y cinco años, sucia, menos cuidada que sus gallinas, conserva más juventud real que cualquiera parisiense á la cual me imagino empolvada, pintada, adornada y sofocándose al subir la escalera... El marido, Dionisio Martín, está en el campo; pero aquí se encuentra Clemente Martín, el niño preferido, que acude al lado de su madre arrastrando un carretón vacío, cuyo contenido de basura del gallinero ha depositado en el estercolero y viene á cargar otra vez. Clemente es bermejo, rechoncho, sólido. Contemporáneo de Pedrito, cuando los dos contaban cinco años, le superaba en fuerza y hasta en inteligencia práctica. Pedrito, cuya educación había sido hasta entonces un poco desordenada (según la costumbre francesa) no tenía sino nociones vagas y pobres. Clemente había recibido la sólida enseñanza que la naturaleza dispensa á los niños... Tres años bien empleados han bastado para invertir las condiciones de cada uno. Pedro, en efecto, es menos musculoso; pero dirigido por ejercicios físicos metódicos, salta, corre, lanza una pelota mejor que Clemente, y, cuando luchan los dos cuerpo á cuerpo (á lo cual no me opongo) no siempre resulta mejor librado el pequeño rústico... Además, lejos de la escuela, la inteligencia del retoño de los Martín, permanece inculta; se embrutece de año en año; ya se puede vaticinar que será la imagen de su padre, más astuto, quizás, y menos deferente con sus amos.

¿ Pero quién es aquella joven, tan compuesta desde primera hora, con traje de lana azul claro y sombrero de paja adornado con plumas, que asoma en la puerta de la granja ? ¡ Calla ! ¡ Sí, es Eugenia Martín, la hija mayor ! Su sólida constitución de dieciocho años hace cruzar el « traje sastre » demasiado ajustado; su rostro redondo parece, bajo el sombrero, una fruta peinada... Aquí viene, hacia nosotros, con mucha soltura : también ella es de la nueva pollada... ¡ Buenos días, señorita Eugenia ! ¿ Está usted de vacaciones?... Sí... El notario de Vatan, á cuyo servicio está, le ha dado tres

días de libertad... ¿Qué, va usted á abandonar su colocación?... ¿Le tratan mal el notario y su familia?... ¿No?... Es buena gente, pero se gana poco... ¿Quiere usted ir á París, señorita Eugenia. ¿Y me pregunta si conozco una buena casa que necesite una criada?... No, señorita, no sé de ninguna vacante. Le digo la verdad; pero lo que no le digo es que si supiese de alguna no se lo diría y que en el puesto de su padre le prohibiría ir á París; porque en sus ojillos grises y ardientes, en la impaciencia de su voz, en no sé qué audacia provocadora de sus maneras, leo su porvenir parisiense. Y, sabiendo lo que París haría de usted, no quiero ayudarla á abandonar los campos.

Mis discípulos y yo hemos dejado inmediatamente á Eugenia, la cual no puede enseñarnos nada y odia, además, la granja... En compensación hemos hablado extensamente con Catalina, que nos ha enseñado con gran misterio una pava empollando buevos y una incubadora artificial recientemente adquirida. Este doble medio de eclosión excitó en Pedro y Simona un gran interés y me vi obligado á explicarles en conjunto el sistema del termosifón que mantiene en torno de los huevos una temperatura constante. El sonido de la campana anunciando la hora del almuerzo todavía nos sorprendió junto á la incubadora. Afortunadamente, en Rein-du-Bois, las horas de comida no son tiránicas y es difícil, llegar tarde.

Cuando, á buen paso, nos dirigíamos á casa, Simona me preguntó con la mayor naturalidad :

— Tío, ¿los niños vienen en huevos como los pollitos?

— No — respondí yo sin demostrar el menor embarazo, pues hacia tiempo que había previsto la pregunta. Los niños llegan recién salidos del huevo, como los gatitos.

— ¿Pero, cómo?

— Ya te lo explicaré cuando estudiemos Historia Natural. Ahora ni tú ni Pedro podriais comprenderlo.

Ninguna objeción me opusieron á esta réplica dilatoria; Pedro y Simona están acostumbrados. Sin embargo, todavía insistió Pedro :

— ¿ Pueden meterse los niños en las incubadoras?

— Sí. Cuando regresemos á París os llevaré á ver niños colocados en incubadoras.

— ¿Niños vivos?

— Muy vivos.

Llegábamos á casa. Mis dos discípulos me abandonaron con el espíritu tranquilo... Sin embargo, crecerán y llegará un día en que no podré contestarles : « ¡ No lo comprenderías ! »

Pero yo sería un educador imprevisor si no hubiera meditado la respuesta definitiva que habré de darles.

CARTA VIGÉSIMASEGUNDA

Una novela sentimental. — El educador y el amor. — Partida de « tennis ». — El alma latina y el alma anglo-sajona. — Inercia de los padres; ausencia de vergüenza de los niños. — Cobardía de la educación.

Ambleuse, 7 de septiembre.

ESTOY asistiendo, querida sobrina (y no es éste uno de los menores atractivos de mi veraneo) á las peripecias de la novelita sentimental, cuyos primeros capítulos hojearnos tú y yo el año pasado.

El año pasado como el actual, Silvia Bertrand-Tasqué vive en Rein-du-Bois durante el mes de setiembre, en Rein-du-Bois, sólo separado de Ambleuse por algunos vallados. Silvia tenía quince años, aunque aparentaba ya lo menos dieciséis. Jorge Lespinat iba á cumplir diecisiete dentro de algunas semanas.

Si Jorge hubiera sido uno de nuestros retóricos de París, un Noel Laterrade más maduro, y Silvia una gentil casquivana moderna, estilo Blanca ó Magdalena Demonville, la vecindad habría provocado un estival y simple « flirt » de los que la nueva pollada me ofrece, en estos momentos, ejemplos numerosos.

Pero la juventud de Jorge fué solitaria y se deslizó en un viejo caserón de familia, junto á un padre que le ama tiernamente, pero sin que ambos tengan el menor gusto común. Silvia, que no es desgraciada con su madrastra, no se ha resentido menos de la pesada melancolía de las infancias huérfanas. Las circunstancias, pues, han replegado en sí mismos, prematuramente, estos dos seres, que habían de libertarse



... Estoy asistiendo á las peripecias de la novelita sentimental... (Pág. 228).

de la moda sentimental y vivir una vida interior más intensa. La moda sentimental cuchichea « flirt » al oído de los jóvenes modernos. El eco más grave de la vida interior ha murmurado « amor » al oído de Jorge y Silvia... Nada se dijeron el año anterior; quizás tampoco se hayan dicho nada á sí mismos. La imperiosa fuerza les aproxima, les encadena sutilmente. Un año de ausencia sin escribirse, con tres rápidas entrevistas en París durante las cuales no tuvieron un momento para hablar á solas, lejos de aflojar la cadena, la consolida... Jorge, muy dueño de sí mismo, no demuestra nada; pero me ha confiado las pruebas de su primer libro de versos y, en todas las páginas, he visto sonreír los labios de Silvia. Ésta, por el contrario, manifiesta una emoción conmovedora; su corazón se desborda y no tendría yo necesidad de instarla mucho para que deslizara á mi oído sus inocentes confianzas.

Educador, quien quiera que seas, sea el que fuere tu temperamento y tu doctrina, hé aquí tu maestro: aparece en el camino de la educación más ó menos pronto, según los individuos; pero no es posible evitarlo y sería inútil que te esforzases en educar sólo el cuerpo, el espíritu, la sensibilidad de tus discípulos sin tener ese imperioso compañero que les espera en un recodo del camino para disputarte tu gobierno... Pueden cambiar las modas galantes; la novela y el teatro del siglo xx pueden presentar Lovelaces cincuentenarios y enamorados de cabellos grises, cuando un siglo antes desempañaba Faublas, á los dieciséis años, su papel de irresistible seductor; pero la naturaleza no varía según el capricho de las modas y es una cobardía ciega no tener en cuenta entre « la edad ingrata » y el fin de la educación esa aparición formidable: el amor. Su intervención menos peligrosa es, indudablemente, cuando aparece bajo la forma de un sentimiento robusto y profundo, como entre Silvia y Jorge. Encargado de almas pueriles temo mucho más la curiosidad de los sentidos y del espíritu; las ridiculeces de las personas mayores; las novelas y otras cosas; pero de lo que estoy seguro es de que el educador de niños de doce á dieciséis años, si cierra resueltamente los ojos para no ver nada, si deja

correr, al azar, los acontecimientos, si piensa: « Eso no me incumbe... », ese educador es un infame ó un tonto.

Volvamos á Jorge y Silvia... Entretenido en observarles y favorecido por la amistad de ambos, — aunque Jorge esté, más que la joven, constantemente á mi lado — he seguido fácilmente la progresión de la novela y veo que se aproxima la peripecia. En torno de ellos nadie se inquieta. Silvia ni siquiera tiene á su madrastra en Rein-du-Bois. Á Jorge, justamente reputado de juicioso, no le vigila su padre. Todos deben creer que se agradan mutuamente y, una vez más, pronunciarán, con la misma sonrisa complaciente la palabrita *flirt...* » ¿Qué importa un *flirt* más en la nueva pollada?

Solamente tú y yo, querida sobrina, sabemos que se trata de algo más que de un *flirt* y que hay que estar alerta. Jorge, por lo demás, no ha hecho ninguna declaración á Silvia, estoy seguro, ni Silvia la espera. Los dos se contentan con la extrema felicidad que les proporciona su vecindad veraniega: por la tarde juntos en las excursiones, en la caza, en el *tennis*, en los saraos que, casi diariamente, congregan á todo el mundo en torno de la mesa de una de las tres casas.

Hoy, la cita de la nueva pollada era por la tarde, en el *tennis* de Chambon. Es éste un *tennis* suntuoso, como todo lo que hace el financiero Demonville. En Ambleuse y Rein-du-Bois, los jóvenes juegan al *tennis* en tierra apisonada: el *tennis* de Chambon está asfaltado, rodeado de alambradas puntadas, como en los balnearios elegantes, con una tribuna para el árbitro de las partes, sillones ingleses, mesas inglesas para el té. En lugar del Clemente Martín, de Ambleuse y Rein-du-Bois vestido de cualquier manera, en Chambon, dos *grooms* de librea se encargan de coger las pelotas.

Debiendo una visita á la señora Demonville, y habiendo experimentado que el *tennis* es, en Francia, uno de los sitios en que el moralista puede observar mejor la juventud en acción, llegué á casa de nuestra elegante vecina á las cuatro y media. La señora Demonville recibía entre las mesas y sillones ingleses. Algunos visitantes se me habían adelantado: M. de Lespinat, tu cuñada Lucía y el célebre violinista parisiense. Luego de cumplimentar á la dueña

no dejé de observar tres partidas sucesivas y tomar notas mentales sobre los jugadores, para enriquecer mis cuadernos.

Adepto ferviente del ejercicio físico y deudor á él, según creo, de una salud que perdura hasta el presente, el *tennis* me parece, como deporte, de un orden inferior, y sin tratar (como Kipling) á los jugadores de *tennis* de « tontos en algodón » reprocho á este juego de ser un deporte prácticamente inútil. En la vida real es cosa muy rara tener que enviar, con aplicación determinada, una pelota con una raqueta, en tanto que, á veces, es de interés capital tocar un punto con un objeto lanzado con la mano. El « diavolo » es un ejercicio práctico; el *tennis*, no. La esgrima, la equitación, la natación, el salto, la lucha, etc., son deportes eminentemente útiles en el curso de la vida y, además, ejercitan los músculos y los pulmones. La utilidad del *tennis* está limitada á este juego de los pulmones y de los músculos: el ejercicio que se hace no tiene empleo fuera del campo de *tennis*; es un ejercicio superfluo... Pedrito y Simona no han sido especialmente dirigidos al *tennis*; pero como están acostumbrados á correr y á lanzar una pelota y como, además, el *tennis* les divierte, hacen una figura digna, sobre todo Pedrito. Desdeñan admitirles para completar un partido y entonces te aseguro que se esfuerzan y no piensan sino en « servir » difícilmente las pelotas ó en imponer las trayectorias más distantes.

No diré otro tanto, Francisca, de todas esas adolescencias que vi el mismo día evolucionar por los dos lados de la alambrada... Una vez más he comprobado que el *tennis* ha sido uno de los medios más eficaces, para la juventud francesa moderna, de romper la antigua disciplina que, aún no hace mucho, separaba los dos sexos. Tú, Francisca, soltera en aquella época de transición, recordarás las dudas, los temores de tu madre, la excelente señora Le Quillien, cuando era preciso que te mezclaras entre jóvenes solteros, lo cual, en su juventud, hubiérala parecido monstruoso. La raqueta de nervio de toro tal fué una de las herramientas más enérgicas para demoler el tabique que sepa-

raba á los dos sexos. Gracias, en parte, al *tennis*, el sistema absurdo que aislaba al hombre de la mujer, hasta el momento preciso en que el encuentro podía ofrecer más peligros, ha desaparecido ese sistema. Los deportes en común habitúan á los dos sexos á conocerse desde la infancia, cuando las jóvenes aún no desvarían ni el hombre piensa mal. Así, al llegar la adolescencia, ya no se encuentran bruscamente frente á frente, ni se ponen en contacto dos curiosidades apasionadas, dos timideces ardientes, como sucedía no hace mucho, el día en que la mariposa abría sus blancas alas para asistir al primer baile... Es la evolución natural, prevista, de los hábitos adquiridos durante la infancia. Honremos al *tennis* por haber contribuído á esta evolución.

Ninguna revolución, sin embargo, se realiza sin causar daños. Los esclavos de Lusiana no pasaron indemnes á la libertad, ni los *mujicks* á la manumisión. El aprendizaje de ser libre exige más de una generación. Muchos de tus contemporáneos, querida sobrina, sufrieron con la reforma y se extraviaron. La nueva pollada, nacida en el momento en que las costumbres son menos rigurosas, sufrirán menos, indudablemente, por su propia libertad. Pero la costumbre no está todavía definitivamente arraigada. Los jóvenes franceses de ambos sexos no practican aún, en 1912, la vida en común con esa soltura y sin esas reservas mentales que demuestran, por ejemplo, los jóvenes ingleses Sam Footner y su hermana May... He tenido la prueba y el espectáculo de esta diferencia en el *tennis* de la señora Demonville.

Sam Footner y Blanca Demonville luchaban contra la hermana del primero y Guy Demonville. May y Sam vestían cómodos trajes de *tennis*, amplios y sencillos; el sastre que los había concebido, y ellos que los adquirieron, no debieron tener más finalidad que adaptar la forma al objeto deportivo. Por el contrario, Guy Demonville « lanzaba » un pantalón de flanela muy fina y sedosa, de un tenue color rosa, camisa de un tono algo más claro, corbata de un amarillo rojizo, un traje, en fin, de *tennis* propio de gim-

nasio ó de la Comedia Francesa. En cuanto á Blanca, que se viste con no menos rebuscamiento, no quiso renunciar, ni siquiera para el deporte, al efecto estético de la falda *entravé* y había combinado un traje exquisito; pero la falda, demasiado estrecha, le impedía mover libremente las piernas y perdía no pocas pelotas. Á cada falta enviaba á Jorge de Lespinat una sonrisa melancólica con la que parecía decirle : « Me es igual perder, si tú me encuentras de tu gusto. » Porque Blanca Demonville muestra una simpatía tan manifiesta por Jorge de Lespinat, que tiene alarmada á Silvia. Guy Demonville jugaba á maravilla y manejaba la raqueta como un joven señor de antaño debía manejar la lanza en el torneo; pero tomaba parte en la partida por algo más que el juego, por Silvia, que no le hacía caso; por Cecilia Bernier, la linda intelectual que no desdeña los entretenimientos sentimentales; por May Footner, que accede gustosa á *flirtear* cuando termina la partida, pero que sigue ésta, como buena inglesa, sin pensar nada más que en ganarla.

En resumen, he confirmado una observación que ya había notado : que los deportes que reúnen á los dos sexos y, generalmente, la vida en común de ambos, vida conforme á las leyes naturales, vida cuyas ventajas son innegables, data, en Francia, de pocos años, para que carezca de peligros; que una larga herencia de galantería falsea, en Francia, las relaciones entre los jóvenes de ambos sexos; que, en fin, hasta el día en que los jóvenes franceses gusten de los deportes con un amor desinteresado (como sus vecinos los ingleses) el deber de los padres consistirá en ejercer, sobre los mismos deportes en común, una vigilancia discreta, pero activa.

¿Cuál era, durante esta partida de *tennis* la actitud de los padres?

Los de Silvia, los de los jóvenes Footner y los de Cecilia Bernier estaban ausentes y, tácitamente, habían delegado sus poderes en la señora Demonville y en tu cuñada Lucía. Y, la primera no se cuidaba más que de hablar con la segunda. Agotado el capítulo de los tocados se pusieron

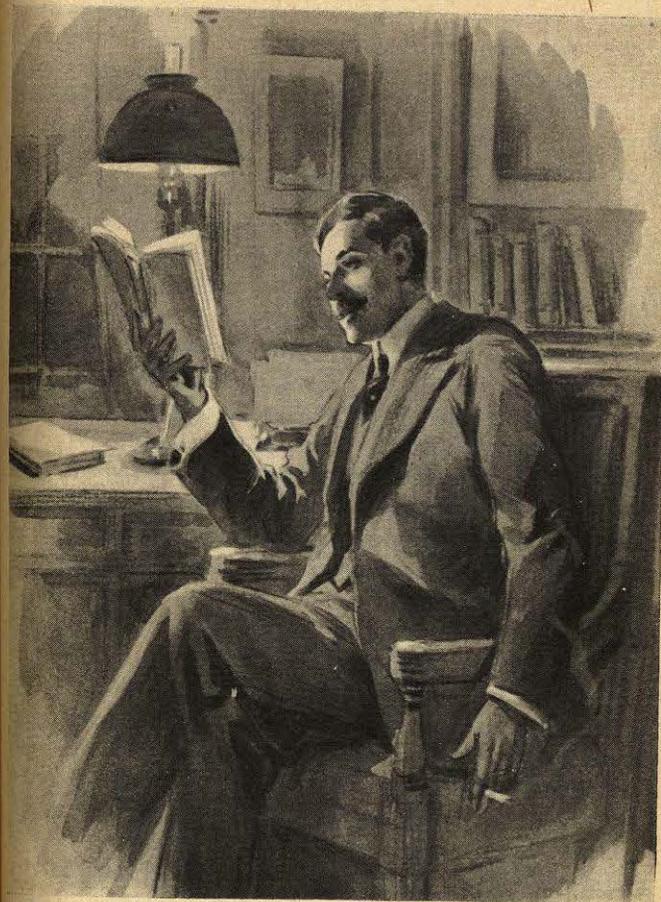
de acuerdo en lo difícil que resulta encontrar un buen mecánico de automóvil. Ambas se refirieron mutuamente los estropicios de sus respectivos mecánicos y, siguiendo la costumbre femenina, hablaban las dos al mismo tiempo sin tomar más descanso que el indispensable para respirar... M. de Lespinat, el único padre que allí se encontraba, interrogaba sobre el problema del paragranizo al vizconde de Lasmolles, que acababa de llegar... Y, en tanto, los jóvenes, volaban sin guías, como una bandada de perdices á las que, las primeras batidas, han dejado huérfanas.

Seamos sinceros : la nueva generación no parece sufrir con este abandono. Cecilia Bernier se unió al célebre pianista, cuya gloria hipnotiza su esnobismo intelectual... El célebre pianista interpreta á Chopin casi con igual maestría que Paderewsky; pero su reputación de hombre de buena fortuna está bien establecida y no intenta rectificarla. Más recatadamente, Magdalena Demonville y Noel procuran aislarse. ¿Que son dos niños? ¡ Perfectamente ! Pero á los dos les ha dado por « jugar á las personas mayores » y Magdalena declara sin ambages ni rodeos que ella flirtea con Noel, lo que hace reír á tu cuñada y á la señora Demonville... En cuanto á Silvia, había permanecido algún tiempo silenciosa y feliz cerca de Jorge; pero las miradas provocadoras que lanzaba á éste Blanca Demonville acabaron por enojarla y, cuando terminó la partida, viendo que Blanca se dirigía al encuentro de Jorge, se levantó y se fué á unir al joven inglés y á la hermana de éste. Á Sam Footner le gusta mucho Silvia : pero el *flirt* de Sam (quizás me equivoque) no me inspira ningún cuidado. En primer lugar, porque el corazón de Silvia está enamorado, seriamente enamorado, y después, porque Sam Footner es equilibrado, sin curiosidad, sin malicia, de temperamento tranquilo, respetuoso con la mujer por herencia y por educación. También su hermana, flirteando con Guy Demonville aporta á este entretenimiento ciertas costumbres nacionales de prudencia y defensa femeninas, de las que el aturdido joven latino apenas si tendría razón... Resumanos : todo esto es muy inocente, muy encantador y no quiero cometer la ridiculez

de aguar la fiesta dando la voz de alerta á los padres. Creo, sin embargo, que esta fermentación juvenil, sin peligro cuando los padres la siguen atentamente, la gobiernan y limitan, no es inofensiva si agita al azar libremente los corazones y temperamentos jóvenes.

Lo admirable es que los padres no se imponen el menor cuidado. Diríase que la pequeña revolución moderna que ha liberado á sus hijas y mezclado la vida de éstas á la de los jóvenes, les ha librado, sobre todo, á ellos mismos, á los padres, que lanzan un «¡uf!» de satisfacción diciendo: «¡Gracias á Dios que ya no tenemos que vigilar ni á ellos ni á ellas!...» Vayamos más adelante aún en la verdad de los hechos: convengamos en que muchos padres, lejos de preservar á sus hijos de una fermentación prematura, contribuyen á fomentarla y activarla. He hecho esta observación en casa de la señora Demonville. Las partidas habían terminado; todo el mundo se agolpaba en torno de las mesas de té. La conversación de las personas mayores se proseguía sin tener en cuenta la presencia de los jóvenes. El célebre pianista, que es un conversador agradabilísimo, relató un escándalo parisiense que hizo reír francamente á tu cuñada y á la señora Demonville: el joven Demonville y la señorita Bernier, rieron también. ¿Habían comprendido? No estoy seguro. Guy bromeaba con su hermana blanca, á propósito de la forma de su falda, y hablaba con la libertad de palabras de un colegial que conversa con un compañero. Blanca no se ofuscaba y le contestaba casi en el mismo tono.

Noel (¡apenas si cuenta trece años!...) deslizó un colmo de café-concierto que, en este momento, causa furor en París, gracias á ese doble sentido de un gusto dudoso. Su madre le dijo tranquilamente. «¡Bonitas cosas te enseñan en Condorcet!...» Pero el joven había hecho gracia, y la madre se encontraba orgullosa de él. Hasta Jorge y Silvia, cuyas maneras son perfectamente decentes y jamás pronuncian palabras atrevidas, no se dieron por ofendidos. ¿Qué quieres? ¡Son de su época! Y así como, deferentes, no critican la falta de respeto de sus contemporáneos, tampoco, sin que



... Hay una hora que yo prefiero entre todas... (Pág. 237).

por ello sean «impúdicos», les hace ruborizar la ausencia de vergüenza de la nueva pollada.

* * *

Mediados de septiembre. En estos días, mi querida sobrina, hay una hora que yo prefiero entre todas: aquella en que

el crepúsculo nos conduce á casa y nos sentamos, hasta el momento de cenar, ante la mesa de trabajo, ó, simplemente, al lado de ella, con un libro en la mano... Recogidas en el curso de la jornada, las imágenes de un verano, menos tiránico ya, ofrecen á la meditación un fondo de belleza, de serenidad, de alegría. Afuera no reina todavía el pesado letargo de las noches otoñales; se siente que toda la naturaleza continúa palpitando bajo la sombra amorosa; pero la sombra ha descendido, sin embargo, y nos invita á calmar la inquietud de nuestros nervios bajo un techo, á reanudar el hilo de la vida interior. No sucede lo mismo en la estación de los crepúsculos prolongados y tardíos: en junio, en julio, en agosto, no nos decidiríamos á abandonar el aire libre hasta que una palidez de día argentado tiñese la cúpula celeste... Horas esperadas que terminais las tardes de setiembre, cuando la cortina tirada delante de la ventana abierta palpita suavemente; cuando los ruidos siempre armoniosos del campo se espacian y extinguen; cuando se mira la redondez luminosa del crepúsculo dibujado en la blanca hoja y no nos decidimos á escribir en seguida, porque los pensamientos son á la vez abundantes y difusos y se siente la necesidad de dejarlos que se clarifiquen, que sedimenten el limo antes de verterlos en la hoja; horas raras y preciosas que, en reducido número, nos dispensa el sagitario, yo voy á vosotros todos los veranos como á una especie de retiro anuo propicio para hacer el inventario del pasado y preparar el porvenir. Vosotras sois el alto reparador ante la gran labor del invierno.

La noche del día que visité el *tennis* Demonville dejé intacta la cuartilla en la cual se irradiaba el reflejo circular de mi lámpara. No abandoné mi sillón. No escribí ni una línea. El tremendo problema de educar el corazón de los jóvenes me obsesionaba. ¿Qué hacer por el corazón de todos esos seres para que guarden intacta su sensibilidad y no la desgarran como desgarran los niños un cuadro de valor; para que la guarden intacta sin que esté sujeta, opresa, sofocada por un régimen absoluto de ignorancia, de oscurantismo, de frialdad? El sistema de separar los sexos hasta el matrimonio

por medio de una barrera inflexible y educar en un lado monjitas y frailes en el otro, para luego, bruscamente, echar abajo la barrera y poner en comunicación monasterio y beaterio, paréceme un sistema de demencia, no lo quiero, lo rechazo... Pero mezclar los dos sexos dejando libre á la naturaleza, contando que todo seguirá como si hubiese una barrera de por medio, paréceme más imbécil todavía. Tanto como la tiranía de antes, el dejar seguir de nuestros días, significa el abandono de un deber. Perea educadora, que en este caso merece otro nombre: el de cobardía.

¡ Ah! Convengo en que no es muy agradable para un padre tomar la mano de su hijo, y mirándole fijamente los ojos, cuando precisamente esos ojos brillan alterados por un incendio interior decirle: « — No quiero que conozcas la vida por otro que no sea yo y quiero que la conozcas á tiempo. Todas las razones que pudieran hacerme callar son inútiles porque otros, con menos autoridad que yo, no se abstendrán... ¡ Escucha! » Y para una madre tampoco es motivo de alegría estrechar contra su pecho á la hija querida y decirle: « — Segura por adelantado de que las cosas que voy á decirte penetrarán un día no lejano en tu espíritu, quiero que penetren llevadas por mí, tu corazón junto al mío... » Momento difícil para el padre ó la madre, máxime cuando habiendo de ser eficaz la conversación no debe aplazarse. Dejar pasar la edad ingrata sin advertir, es comprometer la adolescencia... Ejemplo: Noel Laterrade. Las advertencias que su padre ha desdeñado hacerle se las ha hecho el colegio, estoy seguro, y ¡ Dios sabe en qué condiciones y á costa de qué deformaciones caricaturescas! Magdalena Demonville tiene trece años; es una inocente galopina. « — ¡ Cómo! — me dirá su madre. — ¿ Quiere usted que nuble yo esos ojos limpidos?... » Señora su hija puede casarse dentro de tres años y ser madre dentro de cuatro... De aquí á entonces esté usted segura que los ojos cuya limpidez le encantan se abrirán á las realidades mediante una curiosidad peligrosa ó mediante la malicia de otro... ¡ Adelántese usted! ¡ Este es su deber!

En mi mesa veo dos pequeños volúmenes, que he traído en mi maleta de vacaciones. El uno, muy en uso en muchos

colegios suizos se titula *La Escuela de la pureza*; el otro, *What young people should know* (Lo que debe saber la juventud). Me aseguran que en muchas escuelas de América del Norte, lo tienen entre las manos los discípulos de doce años. Tu cuñada, querida Francisca, ó la señora Demonville, se asustarian ante la idea de poner uno de esos libros ante los ojos de sus hijos... Y, sin embargo, son los dos libros que tienen razón, porque son la línea recta, la sinceridad, el ánimo, en tanto que el sistema de la señora Demonville y de tu cuñada es querer y no querer, es tratar hipócritamente á los niños, como si éstos no supieran lo que saben y como, si delante de ellos, no se emplearan ciertas libertades de lenguaje.

Lo cual es una doble cobardía.

CARTA VIGÉSIMATERCERA

La vida interior en Ambleuse. — Un caserón intacto. — La biblioteca. — Sesión instructiva. — Griego, latín, francés, lenguas modernas, ciencias. — Fracaso de la nueva pollada. — Una conferencia sobre el arte de aprender.

Lo que me agrada, querida Francisca, en este lindo Ambleuse, además del silencio propicio, es que las gentes y hasta las cosas parece que conspiran para defender y templar la vida interior. Jorge de Lespinat es, sin duda alguna, el más encantador ejemplar de la « nueva pollada » entre todos los que conozco : ademanos correctos y elegantes, inteligencia cultivada como sólo la poseen ciertos autodidácticos escogidos, alma ardiente y corazón firme : yo adivino las inclinaciones simultáneas que originan en él la coqueta Blanca y la tierna Silvia. Su padre, en primer lugar, parece un gentilhomme campesino como se encuentran á centenares en las provincias de Francia : la caza, el campo, una política limitada á los intereses de culto y de clase, lectura de una docena de libros por año : todo esto revela de pensamiento su conversación afable y pulida... Pero ahora sé por confidencias de Jorge que este colono-cazador vivió en su juventud, y continúa viviéndola, una novela á lo Jorge Sand. En otro tiempo, tras una adolescencia indomable, conoció á una joven de su rango, vecina suya, de la cual se enamoró inmediatamente; se declaró; casóse, y vivió ocho años de una felicidad celosa y solitaria. La muerte de su esposa, arrebatada por una crisis de apendicitis aguda, le dejó solo con un niño de tres años. Desde entonces se consagró á la educación de su hijo y al recuerdo de la desaparecida. « ¡ Papá ha amado siempre á mamá más que á mí ! » me dice Jorge, no sin algo de tristeza, porque adora y